

COLUMNA



Omar Pérez Santiago

Literatura & Fútbol

Reinaldo Marchant (1958) es uno de los escritores de la guerra. Alguien (que recordar no quiero) declaró la conflagración, (“estamos en guerra, señores”) y, vea usted, desde ese blackout y esa exigencia, en los años ochenta, surgió esa nueva cuadrilla de escritores.

La alegría del pueblo, locución con que se llamaba al genio patuleco de Garrincha, es el título del nuevo libro de Marchant. Marchant, en 224 páginas, escribe sobre el esforzado fútbol de barrio que practican miles de chilenos en clubes como el Tricolor de Paine y que buscan gustar de ese “fuerte alcohol de varones que es la gloria” (Quiroga). Con frescura y con humor carnavalesco (“futbolismo mágico”, Skármeta dixit), estos cuentos crean una atmósfera tierna y poética, donde aparecen los tropos retóricos o muletillas del camarín: chanfle, cancerbero, esférica, gambeta. El libro contiene además aforismos sobre la “pasión de multitudes”, otra muletilla.

Hay escritores severos que objetan el fútbol como juego literario. Pero el fútbol es un tema literario legítimo, como cualquier otro. Uno de los primeros en advertirlo fue el uruguayo Horacio Quiroga. Su cuento Juan Polti, half-back (1918) es la historia de un goleador del Nacional de Montevideo, notable para ser un defensa, que se suicida al comenzar a errar goles imposibles. En Argentina está el inolvidable cuento de Osvaldo Soriano, El penal más largo del mundo (1998). En Chile, el fútbol ya fue tratado con artísticidad en la novela de Jorge Calvo, La Partida (1991).

Marchant maneja la pelota –vistió la camiseta del Deportivo Aviación y de Palestino- y también el lenguaje creativo. De ahí, de esa tensión encuentra una forma original desde donde surge la raíz popular y amateur del balompié. **Q**